



LA REVISTA DE SANTIAGO



SALVADOR RUEDA

LA REVISTA DE SANTIAGO

AÑO I.— Santiago, Sbre. 3 de 1899. NUM. 3

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

Sale á luz los Domingos

DIRECTOR

FRANCISCO M. A. CONTRERAS Y.

Dibujos á la pluma de Emilio Dupré

Colaboración de distinguidos literatos chilenos y extranjeros.

TARIFA

Suscripción por un año.....	\$ 5.00
Id. por medio año.....	2.50
Número suelto.....	0.10
Id. atrasado.....	0.20

OFICINA: BANDERA 523.

NOTA.—Toda comunicación debe ser dirigida al Administrador, Bandera 523.

Nuestro álbum

SALVADOR RUEDA

Es el príncipe de los coloristas españoles.
Enrique Gómez Carrillo

Si es verdad que José Zorrilla fué el poeta de la España romántica, lujuriosa, extravagante, romanesca, el poeta de la España de hoy, vibrante, sensitiva, genial, es sin duda Salvador Rueda. Su obra es una serie innumerable de cuadros al cromo donde en sinfonías de colores mareantes se ve pasar todo el espectáculo de vida del país del sol, del azul i de las rosas: el calañez y la chaquetilla de alamares de Andalucía; el tablao flamenco; Valencia con su huerta, sus jardines maravillosos entre todos los de España; la barretina colorada de Cataluña; Asturias con las canciones quejumbrosas de sus verdes montañas; la gaita gallega; Madrid con sus verbenas llenas de jerga y danzas y sus barrios bajos de chulapería y graciosa desvergüenza artística; los

países del norte, graves y frescos con los pitos y tamboriles inocentes de día Domingo, en sus paisajes de elevadas cumbres cubiertas de aterciopelada vegetación; las castañuelas barullentas y divertidas que suenan en todo el centro y el mediodía de la península, el jerez, la manzanilla, el málgua, los mantones de Manila; las mujeres hermosas... (A. Sienra). Y todo esto animado, encendido, poetizado por la magia de un estro encantador que desentraña matiz, novedad y poesía—he aquí su primordial cualidad—de los asuntos más vulgares ú ordinarios, asuntos que bajo la impresión de un poeta «mormal» serían verdaderamente incantables.

Para infundir verdadera vida á tales ideales ha debido Rueda cincelarse el molde de oro de una forma nueva, coloreada, vibrante, policroma, como el manto de una chulapa «bordada de alhajas de seda»; concisa, nerviosa, plástica, al contrario de la de Zorrilla, inverosímil y derramada; difícil, retorcida y hasta incorrecta, á las veces, para poder producir los más inefables efectos; forma sin antecedentes en el arte peninsular y cuyo origen frances se reconoce á las claras. Variado y caprichoso en la forma métrica, ha ido desde el pentasílabo hasta el alejandrino, deteniéndose con especial agrado en el octosílabo—vaso del romance—el más eufónico y donairoso de los metros castellanos, exhumando joyeles olvidados ó revelando ingeniosas novedades, y exparciendo á los cuatro lados, como monedas, brillantes sonetos de una síntesis y coloración de factura sólo comparables á las del olímpico Heredia, el príncipe de los sonetistas del siglo. En estos terrenos el poeta andaluz ha sido un innovador, un innovador cual él lo demuestra en su último libro de prosa, «tan nutrida de indicaciones nuevas como lo estuvo, en una categoría aproximadamente semejante, el *Tratado de Poesía Francesa* de Teodoro de Bambille...» Se que tiene en gran estima á los poetas reinantes parisienses, más sin contagiarse en su neurosis finisecular. Y mantiene amistosas relaciones con los «nuevos» de América, uno de los cuales—el más ilustre—fué encargado por el poeta para burlar el «Pórtico» marmóreo de la prodigiosa Alhambra de uno de sus libros.

Las letras españolas «nacionalistas» por sistema, conservadoras por aberración, atemorizadas y escandalizadas á los clarines de sus primeras obras, no han tenido después sino abrir paso al nuevo «homérica» cuyos preclaros talentos, cuyo trabajo infatigable,—ha

producido más de veinte volúmenes á los treinta años—y cuya nobleza de cuarteles ha de exaltarle seguramente al s6lio de luz del Triunfo Definitivo!...

FRANCISCO M. A. CONTRERAS V.

Invierno

Viste un tono morado el agua fría
Y á su espejo, la rama desgajada
Se asoma como imagen descarnada
Que galas tuvo y esplendor un día.

Yace la tierra estéril y sombría
En su tumba de nieve amortajada,
Y en la gruta de genios habitada
Se refugió la bella poesía.

Allí los cuentos del hogar hilando,
Entre arcadas y grietas del averno
Los fantasmas del miedo van pasando.

Y allí está el agua con su s6n eterno
Con golpe misterioso cincelando
La imagen tenebrosa del Invierno.

SALVADOR RUEDA.

Resonancias

En la plaza.—Borrascas.—Evolución.—Nuestro nuevo traje: amarillo con encajes verdes.—Colaboraciones.—Hacia la luz!

Fué el Domingo pasado. Llenaba la embalsada avenida de la Plaza—el carrusel, que dice Dupré—enorme y distinguida concurrencia, entre la cual rutilaban los terciopelos de colores—rojos, verdes, azules,—de la *toilette* de muchas hermosas niñas. La tarde estaba dulce y triste. El cielo gris, uniforme, pesado. De tiempo en tiempo súbitos relámpagos exparécían su fognazo de color de violeta. Animación, melancolía, nervios. Y de improviso, cuando las familias empezaban á retirarse, crepitante ruido, algo como una red cristalina que envolviese el cuadro: la lluvia, la lluvia... ¡Oh sorpresa! Las niñas, recogiendo la falda con la puntita de los dedos enguantados, corren á refugiarse en el portal; y los jóvenes, haciendo lo posible para «librar» el colero, se

agolpan confusos en demanda de carros ó de coches... Y á poco, cuando los paseantes, aglomerados en el fondo cálido de los vehículos llegan á su casa, calmada la lluvia, la luna blanca y enorme aparece entre las nubes, contraidas las facciones en una sarcástica cargada de plata...

¡Paró la borrasca! Paró... Pero sobre los bancos, el comercio y los periódicos ilustrados aún no ha parado. No obstante nuestra Revista, conjurando los cuatro vientos contrarios del mal tiempo, prosigue impasible por su senda de trabajo—y de progreso. Si el Domingo no apareció el número 3 fué porque, encontrándose enfermo Dupré, nos fué imposible obtener los grabados á tiempo. Pero esto no puede inquietar á nuestros suscritores, pues el año no se contará con relación á las fechas sino con relación á la cantidad de números. Y tan leve accidente, ageno á nuestra voluntad, no nos detendrá, por cierto, en nuestro camino de ascensión.

—Espero que *esto*—nos decía un amigo señalando un ejemplar del último número—espero que esto no será La Revista de Santiago definitiva...

—Ya lo creo, le contestamos. Nosotros somos enemigos de las «cristalizaciones». Se evolucionará...

Y en el presente número algo ya se ha evolucionado. Nuestra Revista luce ahora su abanico impreso en color y se ha encasquetado—¡hacetauto frío!—una bonita capa—las tapas—de satén amarillo con encajes verdes, confeccionada por acreditadas casas comerciales—nuestros avisadores. Y en poco tiempo más creemos que podrá dibujar su abanico á varios colores...

Esta estabilidad y progreso de nuestra publicación parece que nos ha traído la confianza del público á juzgar por las cartas en solicitud de suscripciones que llegan á nuestra oficina. También nos han llegado numerosa colaboración: buena, mediocre y mala. La primera no la publicamos por falta de espacio, las otras no las publicaremos. Y debemos advertir á los que deseen colaboraros que esta Revista es para jóvenes pero no para principiantes, los cuales harían mejor en enviar sus ensayos á otros periódicos.

Las colaboraciones más ó menos buenas que hemos recibido, desbordantes todas de anhelos de luz, nos han hecho una vez más confiar en esa juventud, aún no del todo manifestada, que marcha por el luminoso sendero empezado en Chile por *La Época*, proseguido



—¿Has pensado bien cómo haremos después de nuestro matrimonio para comer?

—¡Pensar! No sabes que soy libre-pensador?



por otras publicaciones y continuado por LA REVISTA DE SANTIAGO.

¡La juventud va á la luz! Y á la luz van, en fantástica prosección, nuestras Bellas Artes, bajo los regios decorados del Palacio Urmene-ta, que adquirirá en breve el fisco para residencia de estas reales señoras. Y van á la luz, en estos tiempos calamitosos, las colonias extranjeras que toman la iniciativa para llevar el pan y el consuelo á los que sufren hambre y sienten frío: la hidalga colonia española que cede un cuantioso donativo de sus capitales, y la colonia italiana que, al són de los instrumentos de metal, en alegórico carro presedido de heraldos en cota azul sobre caballos de rojos mandiles, desfila por nuestras principales calles, implorando el amparo de las caridades...

FRÁNCIS

Santiago 2 de Septiembre

En el álbum

DE LA SEÑORITA R. V. M.

« Yo soy la fuente
De blancas perlas
Que por beberlas
Alumbra el sol;
Y soy la nota
De ricos sonos
En las canciones
Del ruiseñor.
Yo soy el cáliz
De flor bermeja
Donde la abeja
Liba su miel;
Y soy la brisa
De giro blando
Que va ondulando
Por el verjel.
Yo soy la espuma
Del oleaje
Que en homenaje
Nos dió la mar
Y soy benigna,
Graciosa y bella,
Como la estrella
Crepuscular.
Y más que todo
Soy á la vista

Del alma artista
La inspiración,
Soy la que inspiro
Bellos ideales,
Soy los raudales
De su canción.»

M. A. VARGAS BUSTÓN

Cuento de la semana

ZULAMITHA

I

Con sus grandes ojos negros fijos en la este la luminosa que dejaban los faluchos tras de sí, quedóse inmóvil apoyadas sus manecitas en el marco de la ventana.

No sentía la profunda amargura de la orfandad porque aún no distinguía la inmensa distancia que hay entre ser y no ser. Para ella, la muerte era un descanso voluntario que se daba su madre y, más que dolor, le causó pena el que no la hubiera llevado consigo.

Le dolía ese egoísmo absoluto de la muerte que le arrebatara aquella noche los besos con que cerraría sus párpados para entregarla al sueño y las caricias con que á la mañana siguiente la despertaría aquella madre agradable, que en tan lóbrega noche veía alejarse lentamente en el fondo oscuro del mar, sobre un falucho rodeado de cirios encendidos que dejaba en las temblorosas ondas dos surcos de plata. No comprendía cómo su madre pudiera desentenderse del cariño inmenso que ella le profesaba; y á veces le parecía que el convoy se detenía y entonces latiendo su corazón con violencia, sacaba fuera de la ventana, enarcando el cuello, su cabecita cubierta de blonda cabellera para oír mejor la voz de su madre, que seguramente daba en aquel momento orden de volver por ella.

Cuando, en vez de esa voz amante que ella esperaba oír, traía el viento el eco y acompasado ruido de los remos, de los que el agua herida huía en círculos de oro, sentía mucha pena y amargura mucha.

Y en tanto en el fondo oscuro del mar seguía el convoy, que cual serpiente de oro se alzaba, decrecía retorciéndose para estirar después hasta desaparecer tras la puntilla que cerraba la playa por el norte.

Zulamitha hasta entonces pudo sufrir aquel

alejamiento, pues mientras veía las luces de los cirios le parecía estar cerca de su madre; pero cuando aquella visión se perdió espantada al cielo y estaba negro, miró al mar y estaba más negro aún.

A la vista de aquel cuadro de desolación sintió miedo y rompió á llorar, retirándose hasta un rincón. Allí la encontró su padre á la vuelta y la mandó acostarse. Obedeció á todo sin chistar, tenía miedo y aversión al hombre que llevó á su madre sin ella.

II

A los primeros destellos á la naciente aurora corría Zulamitha á la playa para contemplar desde allí el punto del horizonte hacia donde se perdió el convoy que llevara á su madre. Frescas tenía en la memoria las últimas palabras que le había dicho momentos antes de morir; se las sabía de memoria y para no traicionarse las iba repitiendo por el camino; en voz muy baja: «Zulamitha: voy á separarme de ti, sólo Dios sabe por cuanto tiempo; entre tanto sé buena y obedece á tu padre en todo. Ah! no en todo; menos cuando te hable de su Dios; yo me casé con él en contra de mi religión por amor á ti y si tú me quieres, has de ir á la iglesia y rezar á Dios por mí, que una oración tuya me llevará al cielo».

De pie en la húmeda arena, lamiendo sus descalzitos piecitos las fatigadas olas, miraba el horizonte y no le parecía tan lejos el cielo donde iría su madre después que ella le rezara á Dios, y tan cerca le parecía que llegó á concebir la idea de ir ella después á cerciorarse si estaba allí. Con cuánto placer la vería y quien sabe no sería mejor quedarse con ella.

Muy conforme con estos pensamientos volvía á casa andando despacio para arreglar las redes con que saldría á la pesca su padre, cuando sintió que la llamaban, volvió para encontrar á dos viejas que sabían de memoria la vida y milagros de los habitantes de la aldea. En otra ocasión, Zulamitha no había vuelto porque les tenía miedo, pero ahora que deseaba saber cuál era la puerta que daba entrada al cielo creyó que nadie podría responderle que no fueran ellas que lo sabían todo, como siempre oía decir.

—Zulamitha, ¿cuándo llevarán á tu madre? le preguntó una de ellas.

—Anoche, en tres faluchos con cirios encendidos y un paño negro, repuso la interpe-lada.

—¿No te lo decía yo, agregó la vieja dirigién-

dose á su acompañante, estaba segura de que no había de recibirse en el cementerio cristiano á una mujer que no se confesó porque su marido, ese perro judío no quiso, como tampoco ha querido que acristianen á esta chica. A mí me debió haber tocado un marido así.—Ave María Purísima dijo la otra santi-guándose, calla mujer—qué cosas dices.

—Y tú que vas á ser; seguramente que herejeta como tu madre, dijo la vieja á Zulamitha, que tomó su delantal y comenzó á hacer arru-guitas en él, no hallando qué decir.

—Y has visto, continuó aquélla, está como si no se le hubiera muerto su madre, ¿la ves? ni llora siquiera. Cuando digo yo que estos perros judíos no tienen corazón! Aquí tienes esta para muestra, que se hará la santita y quién sabe si no quiera irse al cielo.

Entonces mirando y señalando el horizon-te, dijo Zulamitha. Por ahí se entra. Sí, por ahí entran las bautizadas, las que van á la iglesia, no las herejetas, dijeron alejándose.

III

En la derecha del fondo de la única nave que tenía la vieja iglesia de la aldea, sobre un alto tabernáculo de rosas blancas y lirios morados, salpicado con mil vasitos de luz de diferentes colores, armonizados en gracioso desorden y en el que alternaban los ángeles sosteniendo teas con las grandes medias lunas de cirios encendidos; envuelta en ese limbo de polvos de oro que exparcan los cirios en torno de sí, flotaba sobre alabastrina nube de gasas, la divina madre con su hijo en brazos. Parecía que aquellos sencillos pescadores habían despojado el firmamento para ornar con sus millones de estrellas, el retablo de la Virgen del Pilar, patrona de aquella pequeña aldea.

La novena había comenzado cuando Zulamitha llegó á postrarse de hinojos tan cerca del altar, que aspirando perfume de rosas y deslumbrada con el resplandor de tanta luz, quedose absorta, contemplando el altar y admirando cada uno de los objetos de su adorno hasta que sus ojos se fijaron en ese grupo admirable, símbolo de eterna adoración.

Con la cordedad del niño que ve á otro por primera vez, miraba á Jesús que con radiante dulzura descansaba en brazos de su madre y recordó con angustia los felices días en que también á ella la llevaron de igual manera. Agobiada por estas reflexiones, inclina al sue-

UN DULCE MAL GUARDADO

(HISTORISIN PALABRA)

1



2



3



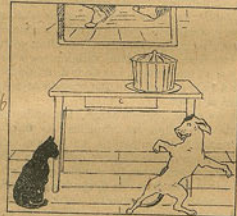
4



5



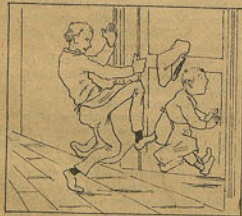
6



7



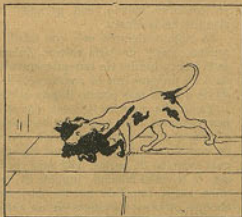
9



10



11



lo la cabecita murmurando «Está feliz porque lo tiene en brazos su mamá.»

En aquel momento vibraron con agudos sonidos las campanillas, y los monaguillos con los incensarios de bruñida plata, que despedían azules esperales de humo, parecían llevar el compás de una armonía atronadora que hacía temblar las caladas ojivas, mientras, que en lo alto del altar mayor á través del diáfano tul azulino que formara el incienzo se descubría insensiblemente al Santísimo.

Sobrecogida de una alegría que la sofocaba, corrieron las lágrimas por su carita de muñeca de bazar y juntando sus manecitas sollozando, dijo: «Yo rezo, Dios, yo rezo como, si aquellas tres palabras la despojara de una gran culpa y la hubieran de redimir para siempre.

Después hubo prédica, que Zulamitha escuchó con suma atención y luego otros cantos y otras oraciones hasta que un monaguillo con el cubilete de larga caña comenzó á apagar los cirios, entónces un movimiento inusitado advirtió á Zulamitha que los fieles se retiraban y muy cerca de ella paró el único amiguito con que le gustara jugar, convidándola á volverse juntos á casa.

Caminaba Zulamitha sin decir palabra sumida en sus reflexiones, analizando cuanto había visto y oído hasta que su tierno compañero le dijo:

—Mañana es Domingo, te iré á buscar y jugaremos.

—No puedo Manuelito, contestó la interpelada, mañana iré yo al cielo á ver á mi mamá.

—¡Al cielo! y cómo vas á llegar? no ves que está tan alto?

—Sí; pero las tías me dijeron que la puerta estaba allí, dijo señalando el horizonte por el mar, y como mi papá no sale los Domingos á pescar podré ir en falucho chico; después agregó en tono suplicante: Vamos los dos ¿quieres? tú me ayudarás.

El chico, algo mayor que ella, abrió desmesuradamente los ojos y dijo: yo no voy ¿para qué?

—Es que allá, no oíste lo que dijo el padre que habló en la iglesia, hay ángeles que son niños también y mañana á los que golpéen las puertas del cielo saldrán á recibirlos.

—Pero yo no tengo mucha fuerza para remar, agregó evadiéndose el chico.

—No importa yo oigo siempre decir á mi papá que apenas pasa el farol no tiene que remar porque el viento lo lleva solo. Y si no alcanzamos á llegar nos venimos otra vez.

Halagado con el paseo el chico no se resistió y acordaron salir temprano á la mañana siguiente, muy temprano para poder volver á almorzar sin que los castigaran en sus casas.

IV

El cielo principia á destefirse de las oscuras sombras con que lo atavía la noche y una claridad cenicienta que paulatinamente crece hace desmayar á la madre del misterio, en brazos de la aurora. Los minutos son de luz, todo se abrillanta, todo luce de momento en momento, hasta que tras los cerros de la costa, anunciado por una bruma de oro, aparece radiante un sol de Enero entre celajes de purpúreos tintes.

De pié en falucho que trabajosamente dirige su amiguito, contempla arrobada la línea indecisa del horizonte hacia donde la dirige, lleva su fe de ángel, con la que se armonizan en estrecho consorcio sus deseos inmensurables, un amor filial y las esperanzas puras, que parecen tan fáciles de conseguir cuando se comienza la vida.

Fría brisa matinal refresca su frente y pone en vagaroso desorden sus blondos cabellos.

Con una alegría inusitada ya se vuelve para decirle á su amiguito más fuerte, más ligero, ya con sus albas manos hace conchitas en las ondas que lamen los cascós del falucho.

El chico cansado de vogar algunas veces dice á Zulamitha: ya me canso. Otras: lamento no haber traído redes para pescar. Y en tanto la brisa se ha convertido en fuerte viento y el sol cae á plomo sobre sus cabecitas descubiertas, ya no hay necesidad de vogar en corriente y el viento los arrastra hacia afuera, en continuo vaivén, con grandes tumbos, siempre hacia afuera.

El niño contempla casi con miedo las inquietas olas y desearía volver. Zulamitha á cada nuevo tumbo ríe estrepitosamente y ajena á los peligros que la rodean sólo se acuerda de que así más pronto llegará al cielo.

Ya en alta mar las furiosas olas se encrespan y chocan unas con otras haciendo saltar el agua al cielo, para languidecer convertidas en borbotones de murmurante espuma que, cual escarcha de perlas, flota sobre la superficie. Y el débil falucho, juguete de las ondas unas veces, impelido por las olas corona un choque, otras se desvanece en un abismo del alterado elemento.

Zulamitha ya no ríe, siente el pavor que

infunden los espectáculos grandiosos; pero su alma enclida de bellas esperanzas reforzadas por la fe de sus años juveniles, no desmaya y con un remo en la mano trata de darle mayor impulso al barco que flota medroso como beodo.

Entretanto el chico, poseído de un miedo que le hace temblar nerviosamente á punto de llorar, busca la manera de poder volver y en cada tumbo ó choque, dice á Zulamitha: tú tienes la culpa. No es posible luchar con el fervido elemento que cada vez se agita con más furia y pone en peligro de volcar el falucho. En uno de estos golpes en que el niño cayó al fondo del barco encontró que debajo de su asiento había un salvavidas y desesperado se lo puso y tiróse al mar.

Un ¡ay! desgarrador se escapó de los labios de Zulamitha, que aterrada escudriñaba el mar para descubrir á su amiguito; pero todo en vano, no le veía. Hubiera querido seguirle, más le faltaban las fuerzas.

En aquel niño perdía al compañero de sus alegrías juveniles, el único en quien tenía confianza, y su cerebro se turbaba al pensar que alguien le pudiera preguntar por él.

El sol languidecía en el ocaso abriantando las nubes con reflejos de ámbar al que la sutil neblina le prestaba ancho marco de oro. Las olas enfurecidas batían el débil falucho como una caña y Zulamitha arrodillada en el fondo del barco volvía á implorar á Dios con su corta oración: yo rezo, Señor, yo rezo. Creía firmemente que había de llegar á cumplir su vehemente deseo y miraba el horizonte que ardía como un volcán pensando que acaso sería esa la hora en que los ángeles estarían esperando á las puertas del cielo. En aquel momento un rudo choque volcó el falucho, azotando su cabcita al borde.

Perdió el sentido, y como el último clamor del mundo oyó que la brisa murmuró á su oído: tú tienes la culpa.

Al día siguiente los trabajadores la encontraron tendida en la arena, ceñida la ropa por el agua, conservando en su carita de muñeca de bazar la sonrisa de la inocencia.

¡Pobre Zulamitha, si tu alma no se perdió en aquella tormenta, si desesperada no blasfemaste, ¿lograrias lo que con tanto afán buscaste en la tierra?

X. X. X.

Esta es mi ofrenda!...

Del poema «Lises y culebras» próximo á publicarse

Yo te daría, por que recuerdes,
Por que recuerdes mis sueños rojos,
Una culebra de escamas verdes,
De escamas verdes, como tus ojos.

Y prendería, cuando me muerdes,
Cuando me muerdes en tus enojos,
Sobre tus gracias que nunca pierdes,
Que nunca pierdes, rubios abrojos.

Esta es mi ofrenda!... Si no te gusta
Si no te gusta y aún te asusta,
Siempre riente mi alma celebra.

Que tus pupilas y tus cabellos,
Y tus cabellos de ígneos destellos,
Son los abrojos y la culebra...

F. CONTRERAS V.

Nuestro folletín (3)

LA DUQUESA AZUL

Última novela de Paul Bourget

Traducida especialmente para LA REVISTA DE SANTIAGO

Ahí á lo menos, me he juzgado pronto y bien juzgado; testigos estas dos estrofas:

«Al abrir mi Byron, he leído estos versos sublimes, los últimos que la mano del poeta haya escrito: «Es tiempo que este corazón se detenga.» ¡Qué grandes gritos habrá arrojado sobre las cimas, esta águila moribunda!»

«A la cabeza puso esta frase: «Hoy día cumpla treinta y cinco años.» ¡Cuán ligero ha vivido! Pero, ¡oh destino, concédeme, y quedaremos en paz, morir tan pronto para vivir como él.»

A continuación había yo trazado dos cifras: la del año en que compuse esos versos y la en que cumpliría la edad que hacía gemir al más teatral de los poetas: 1874-1890. Ya había llegado á este último año. Esos treinta y seis años eran mi edad, y era tan desconocido como en mi primera juventud, tan pobre como entonces de obras gloriosas, de grandes acciones, de pasiones magníficas—y con la esperanza de menos. Encontrar palpitante la huella de mis lejanas ambiciones, me había de



MARINA

Está desierta la salvaje playa,
Ni una huella en la arena de su lecho,
Parecen los peñascos de la costa
Inmóviles fantasmas en acecho.

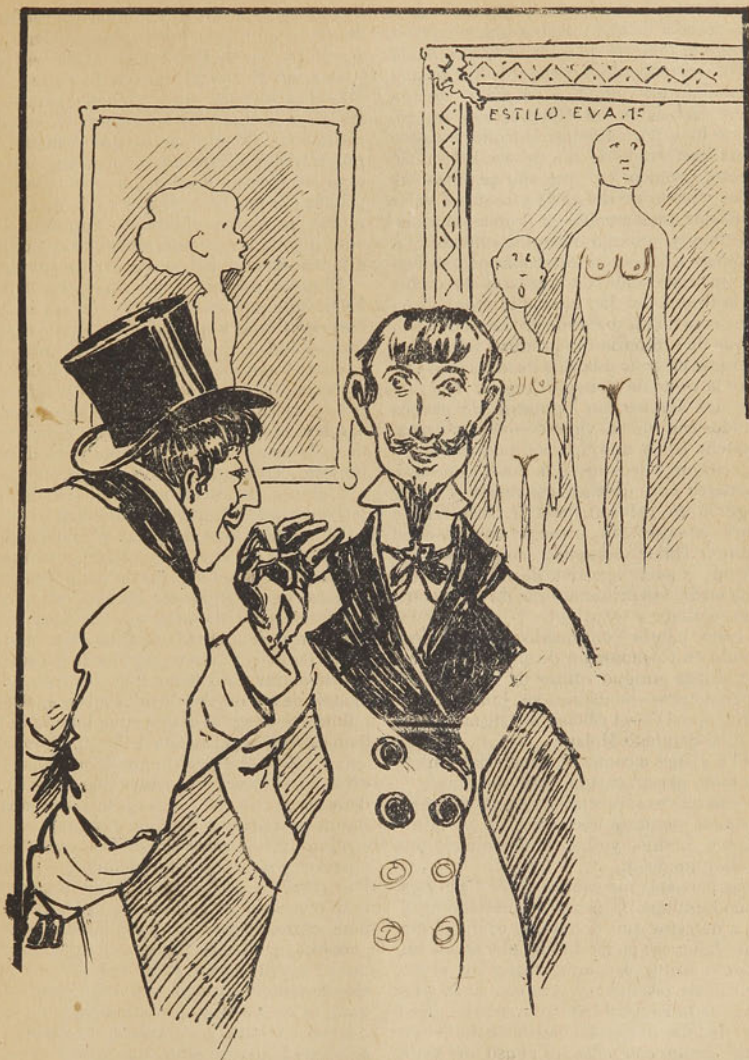
Los dombos tembladores de las olas
Besa el sol con sus cálidos fulgores,
Y la inmensa llanura se asemeja
A una tela de luz y de colores.

Meciéndose muy cerca de la orilla
Al rítmico vaiven de la marea,
Mas pura que la espuma en que se baña,
Una blanca gaviota juguetea.

No corta el horizonte ni una vela,
No empaña el cielo azul ninguna nube,
Tan sólo hacia la altura dulcemente
El himno eterno de las olas sube.

SAMUEL A. LILLO





Un entendido en arte:

—Señor, quisiera que Ud. me hiciera un retrato á su estilo, algo muy fino.

—¡Ah! Está bien, le pintaré cuero ruso.

pronto atravesado el corazón. Tanto más cuando que aquella misma mañana una agencia á que tengo la tontería de estar abonado había expedido dos malvados artículos de diarios que mencionaban mi nombre á propósito de una reciente exposición del Círculo, con un comentario bien poco amable. Un nuevo acceso se había apoderado de mí, de ese descorazonamiento, crónico ya, que me paraliza las energías creadores del alma y hasta el valor de constatar lucidamente su propia decadencia, último y amargo recomfortamiento. La conferencia á solas con mi propio pensamiento, en esa triste caída de una tarde de otoño, sobre la tumba del día, me había dado miedo, y se me ocurrió un medio de distracción banal, pero que de ordinario me produce buen efecto: consiste en irme á la sala de armas del Círculo de la calle de Boissg d'Anglas. Ahí me rompo los nervios con una serie de asaltos sostenidos con todo el vigor de que soy capaz. Una ducha fría y una fricción por encima, y por poco que encuentre á la mesa comida y compañeros con quienes conversar y jugar en seguida un rubicón, pasa la tarde. Hacia las once, yo entro sin arriesgar demasiado el insomnio. Había cumplido con demasiada exactitud la parte deportiva de mi programa, aquella tarde, esa primera tarde de mi año trigésimo séptimo.

El resto habría continuado, si no hubiese tropezado en el momento de entrar en el comedor al más antiguo quizás de mis camaradas parisienses—estábamos ya juntos en el liceo Enrique IV—el célebre novelista y autor dramático Santiago Molan.

—«Tú vienes á comer?»... me dijo. Entonces te tomo por mi cuenta, tengo una mesa.

En cualquiera otra circunstancia y á pesar de nuestros comunes recuerdos de colegio y del Barrio Latino, yo habría imaginado una coartada inmediata.

Pocas personas me cansan tanto y tan ligero como Santiago. Constató demasiado en él unida á defectos que detesto, la cualidad que más me falta: ese poder de imponerse, esa audacia de espíritu, ese animalismo de verbo, esa virilidad productora, esa confianza en sí mismo, sin la cual no hay gran artista. ¿Esas bellas virtudes de genialidad arrastran acaso necesariamente con ellas un abuso del «yo», semejante al de que este escritor ofrece un ejemplo notable? Dios sabe, sin embargo, si Julián Dorsenve y Claudio Larcher, los otros dos hombres de letras que he conocido mejor, estaban infestados de egotismo. Eran violetas

de modestia, santas y tímidas violetas, de más en el humilde césped, al lado de Santiago. Sus libros, sus piezas, sus enemigos, sus proyectos, sus ganancias, sus queridas, su salud, él solo existe para él, y no habla sino de él. Es lo que hacía decir á mi pobre Claudio precisamente: ¿Cómo quieres que Claudio esté nunca triste? «Todas las mañanas se mira al espejo y piensa: ¡Qué feliz soy en ventar al primer escritor de la época!...» Pero Claudio estaba un poco envidioso de Santiago, y hé aquí una de las superioridades de este último: á fuerza de fatuidad, no conocía la envidia.

El no se prefiere á los otros, los ignora. Explicad ahora este misterio: con esa vanidad casi enfermiza y que no tiene igual sino su insensibilidad, este mozo no tiene más que sentarse ante su papel, y, bajo su pluma, van y vienen, hablan y obran, gozan y sufren seres de pasión y de elocuencia, creaturas de carne y de sangre, de amor y de odio, verdaderos hombres en una palabra y verdaderas mujeres. Todo un mundo se evoca, tan real, tan intenso, tan deleitoso alternativamente y tan enternecedor, que la admiración se apodera de mí cada vez que le leo. Sé, sin embargo, que no hay allí sino un prestigio, una magia, un juego de manos, y que el padre espiritual de esos héroes y de esas heroínas es un perfecto monstruo literario que lleva en lugar del corazón una botella de tinta. Me engaño. Lleva también el amor apasionado del suceso. Y qué maravilloso tacto, que destreza en el manejo de ese órgano de mil registros; el gusto público. Santiago es el tipo cumplido de lo que llamamos en lenguaje de taller, un *aprovechador*, el artista que se distingue en apropiarse el esfuerzo de otro, pero poniéndolo en su verdadero lugar. En la época de sus estrenos el naturalismo triunfaba. Era el tiempo en que el admirable *Assommoir* de Zola acababa de aparecer y casi al mismo tiempo los admirables estudios de paisanos y de muchachos que revelaron al mundo de los letrados el nombre del desgraciado y genial Maupassant.

Santiago comprendió que fuera de esa fórmula, ningún gran éxito era posible, y al mismo tiempo adivinó que después de esos grandes maestros no era necesario tocar ya los medios triviales y populares. El lector casi se sobresaltaba de esto. Molan tuvo entonces esta idea de genio: aplicar á la alta sociedad los procedimientos de observación dura y realismo brutal, caros á la escuela. Sus cuatro primeros volúmenes de novelas y cuentos fueron así, como que se le decía malvadamamente

te, desde su aparición, Zola con pomada, Maupassant perfumado. Los epigramas son epigramas y el éxito es éxito. El de Molán fué muy vivo; se le recuerda. Pronto señales indiscutibles le hicieron comprender que el gusto del lector cambiaba de nuevo, que viraba del lado del análisis y del estudio psicológico. Fué entonces cuando cambió brusca mente su manera, él también, y tuvimos nosotros los tres libros que han hecho más por su fortuna: *Martirio íntimo*, *Corazón roto*, *Antiguos amores*. Aquí, todavía, supo preservarse de los defectos habituales á los iniciadores del género: el ampollamiento sentimental, las largas disertaciones, el aparato filosófico á propósito de aventurillas de alcoba, y sobre todo, el abuso de la decoración mundana. El había formado el naturalismo de la alta sociedad. Hizo un medio del análisis humilde, burgués. En seguida, habiendo aparecido, de pronto, la virtud á la orden del día, tuvimos de él la única novela de esa época que haya rivalizado en honrado éxito con el *Abate Constantino*, *Blanca como un lirio*, sobre la cual descargándose las preocupaciones sociales y habiendo llegado á ser el centro de la alta y baja crítica, Molán cambió de hombro á su fusil y escribió esa novela sobre una familia de obreros — *Una epopeya de este tiempo* —; una obra de imaginación, en dos volúmenes, de que se han vendido, — forma época en las librerías — setenta y cinco mil ejemplares. Y, ved la vanidad de las teorías estéticas. Todos esos libros están concebidos bajo un principio de arte diferente. Se podría seguir á través de ellos todas las variaciones de la moda. Ninguno es sincero, en el sentido profundo de la palabra, y todos tienen en igual grado ese calor de la verdad humana, que parece en este escritor de tanta voluntad, un don inconsciente. Ese mismo don ha desplegado cuando, temiendo cansar á sus lectores por el abuso de la novela, escribió para el teatro. Ha dado *Adela* á Los Franceses, que fué un triunfo, *La Vencida* al Odeon, que fué otro, y los diarios me avisaron su nueva victoria en el Vandeville, con una comedia de título enigmático: *La Duquesa Azul*. Ahora bien. Nosotros estudiamos juntos retórica, lo que prueba que esta enorme producción, algunos diez volúmenes de novela, dos de cuentos, una colección de versos, tres obras de teatro, ha sido suministrada en menos de diez y seis años. Y Santiago ha encontrado medio de vivir al mismo tiempo que trabajaba de esa suerte.

Ha tenido queridas, hecho los viajes indis-

pensables que le permiten escribir, sin mentir, prefacios con estas frases de chateaubriandescas actitudes: «Cuando cogía anémonas en los jardines de la villa Pamphili...» O bien: «Yo también he dirigido mi plegaria sobre el Acrópolis...» O todavía: «Como aquel toro que yo ví doblar las rodillas para morir en el circo de Sevilla...» —Cito de memoria— Y el animal ha sostenido sus relaciones, hecho su fortuna. Y él ha permanecido alegre, conservado su apetito, el de la pensión en que hemos crecido juntos. De esto tuve la prueba aquella misma tarde, en que acepté comer á su mesa, á pesar de mi secreta antipatía, maquinalemente, dominado por esa sugestión de vitalidad que emana de cada uno de sus gestos. Apenas nos habíamos sentado cuando me preguntó: —«Que vino prefieres, champagne ó borgoña? Son buenos aquí uno y otro...»

—«Creo que el agua de Vals me bastará», le respondí.

—«No tienes buen estómago?» me interrumpió sonriendo; «por lo que á mí toca, yo no sé donde tengo el mío... Entonces champagne para mí, del *extra-dry*, y agua de Vals para el señor...» continuó dirigiéndose al dueño del hotel. Su egoísmo tiene eso de cómodo, que no discute jamás los caprichos de los otros, ni más ni menos que no admite que se discutan los suyos.

(Continuará)

Francisco M. A. Contreras V.

ESMALTINES

Poesías recién publicadas á venta en las principales librerías.

Nuestro número de hoy

Por inconvenientes de última hora no salió este número impreso en color. Saldrá desde el siguiente.

